

ESCRITORES MURCIANOS DE AYER Y DE HOY

10

Andrés Cegarra

SELGAS/HOJAS SUELTAS

POLO DE MEDINA/EL BUEN HUMOR DE LAS MUSAS
VICENTE MEDINA/LA CANCION DE LA HUERTA
CASTILLO PUCHE/CON LA MUERTE AL HOMBRO
TORNEL/ CUENTOS Y TRADICIONES MURCIANAS
C. NAVARRO/EL CANSADO SOL DE SEPTIEMBRE
C. NAVARRO/EL NIÑO DE LA FLOR EN LA BOCA

ALEMAN SAINZ/CUANDO LLEGUE EL VERANO
MIGUEL ESPINOSA/ESCUELA DE MANDARINES
VICENTE MEDINA/ALMA DEL PUEBLO
GARCIA JIMENEZ/LA PEREGRINACION
ASENSIO SAEZ/LIBRO DE LA UNION
BALLESTER/EL LICENCIADO CASCALES
SANCHEZ BAUTISTA/A MODO DE GLOSA

CASTILLO PUCHE/EL VENGADOR
FRUTOS BAEZA/DE MI TIERRA
ALEMAN SAINZ/PATIO DE LUCES

PUCHE/TRILOGIA DE LA LIBERACION
SANCHEZ ROSILLO/MANERAS DE ESTAR SOLO
VICENTE MEDINA/AIRES MURCIANOS
ALEMAN SAINZ/CARTA BAJO LA LLUVIA

CASTILLO PUCHE/HICIERON PARTES
PEREZ VALIENTE/ASI EN LA TIERRA
ELIODORO PUCHE/MOTIVOS LIRICOS
SANCHEZ BAUTISTA/LA SED Y EL EXODO
MIGUEL ESPINOSA/LA FEA BURGUESIA
ELIODORO PUCHE/EL MARINERO DE AMOR
SANCHEZ BAUTISTA/ELEGIA DEL SURESTE

FRUTOS BAEZA/PALICOS Y CAÑICAS
BALLESTER/OTOÑO EN LA CIUDAD
ASENSIO SAEZ/PARTE DE MURCIA

CARMEN CONDE/POEMAS DEL MAR MENOR
FRUTOS BAEZA/ROMANCES POPULARES
SANCHEZ ROSILLO/PAGINAS DE UN DIARIO
ALEMAN SAINZ/LA VACA Y EL SARCOFAGO
CASTILLO NAVARRO/LA SAL VISTE DE LUTO

SELGAS/EL ESTIO
BALLESTER/SUEÑOS
BALART/DOLORES
PEREZ VALIENTE/VOLCAN

ELIODORO PUCHE/CORAZON DE LA NOCHE
SANCHEZ BAUTISTA/ALTO ACOMPAÑAMIENTO
PEREZ VALIENTE/LA MEMORIA, ESE OLVIDO
ELIODORO PUCHE/LIBRO DE LAS CANCIONES

SELGAS/LA PRIMAVERA
ANDRES CEGARRA/SOMBRAS

ASENSIO SAEZ/CUATRO ESQUINAS
PEREZ VALIENTE/NO AMANECE
JARA CARRILLO/LAS CARACOLAS
JARA CARRILLO/BESOS DEL SOL
CARMEN CONDE/CITA CON LA VIDA
FRUTOS BAEZA/CAJINES Y ALBARES

BALART/HORIZONTES
VICENTE MEDINA/LA COMPAÑERA

POLO DE MEDINA/OCIOS DE LA SOLEDAD
POLO DE MEDINA/ACADEMIAS DEL JARDIN
GARCIA JIMENEZ/ODIO SOBRE CENIZAS
GARCIA JIMENEZ/EPICA DE NAUFRAGO
JARA CARRILLO/EL AROMA DEL ARCA
CASTILLO NAVARRO/CARIDAD LA NEGRA
MARTINEZ TORNEL/ROMANCES POPULARES
CARMEN CONDE/CORROSION
ANDRES CEGARRA/GAVIOTA
MIGUEL ESPINOSA/TRIBADA
CARMEN CONDE/ANSIA DE LA GRACIA
MIGUEL ESPINOSA/ASKLEPIOS
JARA CARRILLO/SIEMPREVIVAS



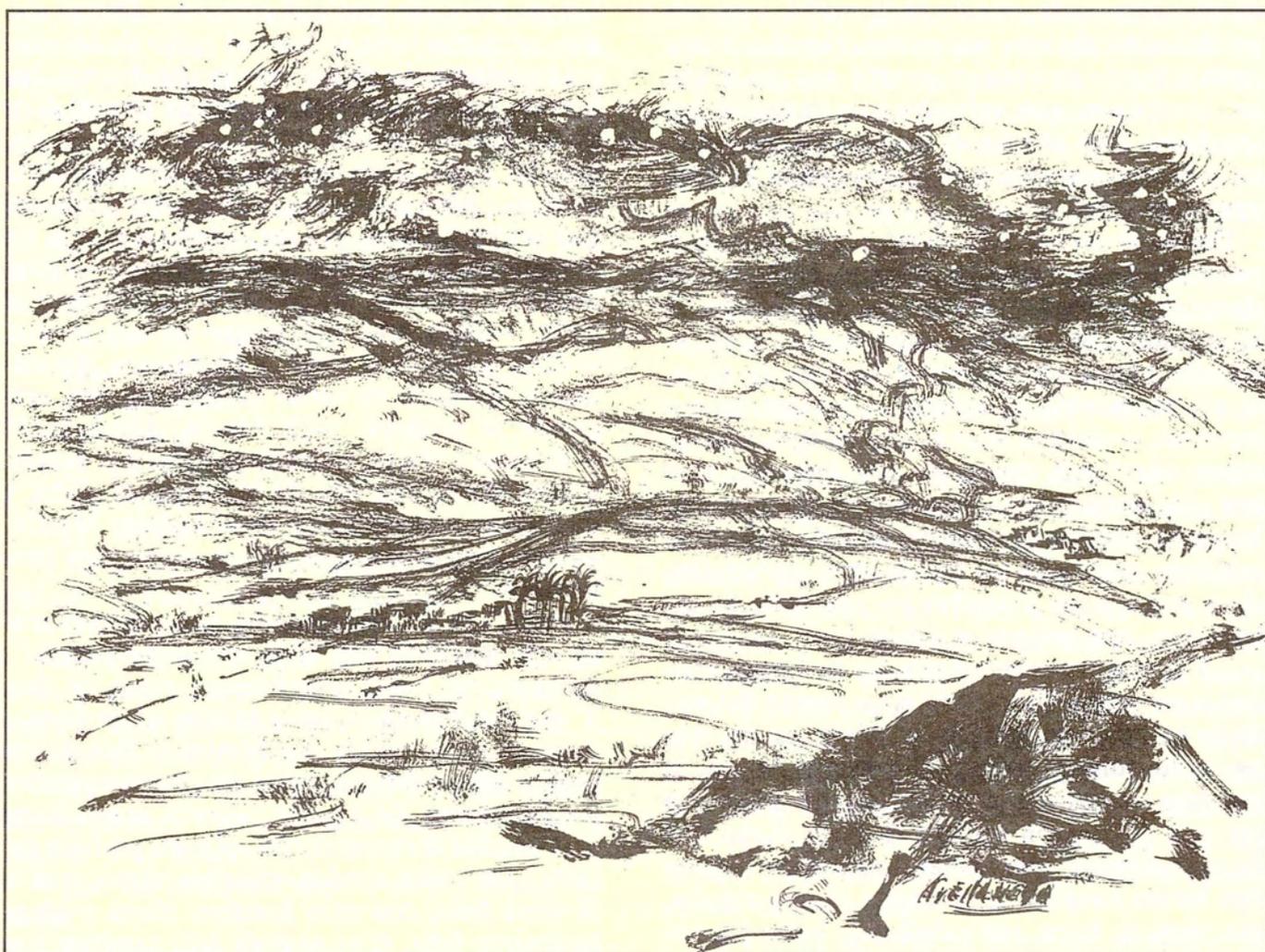
ANDRÉS CEGARRA

En la ciudad minera de La Unión nació Andrés Cegarra Salcedo el 3 de mayo de 1894. Siendo muy niño enfermó de una anquilosis progresiva. Pese a ello, estudió el bachillerato y la carrera de Magisterio. A los 16 años pronunció una conferencia y publicó en un periódico de Gijón su primer artículo, y muy poco después, en 1911, fundó la publicación literaria «Juventud». De 1912 a 1914 ocupó el cargo de director en el Liceo de Obreros de La Unión. Apenas viajó durante su vida: sólo breves desplazamientos a Murcia para sus exámenes y alguna escapada a Cabo de Palos en la infancia. A los 21 años quedó reducido a una total inmovilidad, lo que no le impidió —más bien al contrario— desarrollar una intensa actividad literaria, en la que revelaba una fina

sensibilidad. En 1918 estrenó en el Teatro Circo de La Unión su comedia en dos actos «Olvidar» y ese mismo año fundó con Pedro García Valdés la Editorial Levante, que inició su trayectoria con un libro suyo, «Sombras», prologado elogiosamente por Ortega Munilla, y siguió con libros de Valdés, Martínez Corbalán y otros, hasta un total de unos veinticinco breves volúmenes. Su tercera obra, «Gaviota y otros ensayos», apareció en 1924, aunque existe una edición de 1980 en los «Cuadernos murcianos» de Velasco. A pesar de su enfermedad escribió muchos cuentos, poemas en prosa y artículos, ayudado manualmente por sus familiares más próximos. Díez de Revenga ha dicho de Cegarra: «Nos pareció normal en un autor de poderosa pluma las evocaciones de un mundo fantástico, marítimo, lejano. Pero conocidos los pormenores de su vida, tales escritos se revisten del tono trágico de la imposibilidad y le conceden un muy humano sentido en el que se deja ver el alma desgarrada del joven escritor». Murió el 14 de enero de 1928, después de que sus males se agravaran con la pérdida de la vista. En 1934 se publicó una antología con una selección de su abundante obra en prosa. A ello siguieron otros homenajes póstumos en La Unión, entre ellos el nombramiento de Hijo Predilecto. En 1978, coincidiendo con el 50 aniversario de su fallecimiento, el Ayuntamiento unionense publicó una breve «Antología de urgencia», oportuna pero insuficiente. Porque la obra de Andrés Cegarra merece una edición completa de sus escritos, incluidos aquellos que sólo vieron la luz en la prensa.

Hemos recogido en las páginas que siguen dos relatos breves de su libro «Sombras», así como unos textos de «Gaviota y otros ensayos».

A. C.



EN LA NOCHE AFRICANA

A D. Arturo Gómez García

Estaba Martín acurrucado entre las chumberas rígidas y espinosas, envuelto en las tinieblas densísimas, casi coaguladas, casi pesantes. No sentía miedo alguno, rodeado del silencio hondo y misterioso de la noche. Habíase echado en tierra y dejado el fusil a pocos pasos de él, y en tal forma se disponía a hacer su guardia en esta peligrosa avanzada del campamento.

Aun estando octubre mediado, era la noche bastante calurosa; jadeaba todavía la africana tierra con alentar de bestia cansada, recordando las rudas caricias del sol. Mejor que verse, adivinábanse las montañas enormes y dormidas, áridas, peñascosas, madrigueras de la trai-

dora morisma, cerrando los cuatro horizontes como inescalables barreras. Y arriba, el cielo, como de tinta china, encendíase profusamente en pequeñas ascuas plateadas y estelares.

Cara a este cielo impenetrable, mirando a los luceros remotísimos, Martín, inmóvil, se puso a recordar el pueblecillo levantino donde le aguardaban los suyos: sus padres, —los amados viejecitos que le despidieran con lágrimas,— el travieso y minúsculo Tónico, la graciosa Fuensanta, el señor cura, —que tantos y tan buenos consejos le diera...— Y cerró los ojos para ver mejor la blanca casa oculta entre los álamos rumorosos de pájaros, el pedregoso cauce del torrente que cruzaba el valle, la humilde torre parroquial, con aquellas campanas tan maravillosamente acordadas. Una, grave, me-

ditativa, reposada, voz de recio varón; otra, argentina, cascabelera, juguetona, risueña, como carcajadas de una mujer joven y guapa; la alegre campanita que volteaba locamente en los señalados días solemnes, cuando no era preciso doblar a muerto y se estaba muda la gran campana grave.

Delicioso cortejo éste de las evocaciones, que pasaba por la mente de Martín, en la noche dormida, haciéndole olvidar las penalidades de la campaña: las marchas angustiosas por el inhóspito páramo polvoriento, la falta de agua, el sol implacable, el aplanante paisaje rudo y espinoso, —palmas enanas, chumberas, pitas— sobre una tierra negra, no por fecunda, sino por calcinada. Luego, el enemigo siempre emboscado, traidor y cobarde, aislado, dividido, saltando acá y allá sin dar la cara, persiguiéndolo como a las alimañas en una caza de exterminio, con peligro y sin gloria.

...Y todos los recuerdos y las imágenes evocadas se fueron fundiendo en la mente del soldado en una sola imagen bellísima, en un solo recuerdo dulce y grato cual no otro: María, la graciosa muchacha a quien Martín no podía ver con el corazón sereno. Hubiera dicho que la tenía delante, que habían tomado en la sombra forma tangible su adorada silueta esbelta, sus ojos, su boca, sus cabellos... Todas las noches, luego del toque de silencio, cuando daba gracias a Dios por haberle preservado aquel día de las balas moras, rezaba también porque María esperase su vuelta.

Aunque no eran novios, pues llegaron las quintas a punto de impedir que Martín declarara su cariño a María, ¿no querían decir nada aquellas miradas dadas y devueltas largamente, aquella complacencia de los dos en el baile, aquellas lágrimas de ella tan mal disimuladas en la hora de la despedida? ¿Por qué había él sido tan tímido que no aclaró estas cosas antes de partir?

Tenía fe, sin embargo, en María. Tenía en la ausente una gran fe. Y era su consuelo, figurarse, cuando él volviese, qué habría de suceder. ¡Oh, el inefable momento en que embarcara para España, felizmente cumplido el duro deber, señor y dueño único de su albedrío, li-

bre ya, pleno de júbilo el corazón... De tan alegre, parecería loco al pisar el suelo de las costas andaluzas. Luego, en medio día de tren, habría de llegar, ¡por fin!, al amado rincón donde los álamos ocultan una breve casita en mitad del valle luminoso que un torrente corta en dos... Abrazaría a sus padres con tal fuerza que les haría daño, y a los hermanicos, y a los buenos amigos que fueran a esperarle. —Vienes hecho un hombre, hijo, —diría emocionado el viejo. —Hijo mío, qué guapo te has puesto, —diría llorando la vieja. Y él, Martín, tímidamente, mirando en torno suyo, haría esta pregunta la primera. —¿Y María, dónde está? —Entonces María, saliendo de entre los demás, quizás dijera con voz de lágrimas de dicha y de rubor. —Aquí estoy esperándote, Martín. —Y se abrazarían ante todos, como dos prometidos.

Pero... ¿y si la encontraba con novio o acaso con marido? Tres años son tanto tiempo... Además, no había compromiso entre los dos. Y era tan bonita, y tenía tantos adoradores... Aunque en las cartas que Martín recibía de sus padres nunca faltaba aquel renglón encantado: —«Recuerdos de María», —esto acaso fuera una sencilla fórmula cortés. ¿Quién pudiera decir?... De todos modos, quería tanto, que si la viese feliz, con otro hombre, plena y absolutamente feliz, él se sentiría feliz también con una extraña dicha torturadora e incomprensible para la mayoría de las gentes.

Embriagábase con estos imaginativos delirios. Y de pronto sintió en las sombras como el leve roce de algo que avanzaba con cautela: una alimaña o un enemigo. Dio un salto, cogió el fusil, y se disponía a dar el quien vive, cuando se sintió llamar rápida y quedamente.

—Martín, Martín, no te alarmes. Soy un amigo, soy yo.

Un momento después llegaba hasta él otro soldado que le abrazaba en las tinieblas.

—Martín, paisano, ¿es que no conoces mi voz?...

Martín se asombró.

—Adolfo ¿serás tu, acaso?

—Eso es, Adolfo, el mismo. He llegado en el último convoy de la tarde. Ingresé en filas hace un mes. Fue mi suerte Africa, y al saber

que estabas en esta avanzada solicité la incorporación a ella. No he tenido paciencia para esperar a mañana. He averiguado tu puesto y he salido de mi tienda en tu busca. Todos duermen...

Se estrecharon virilmente varias veces. Y ocultos entre las chumberas comenzaron un diálogo rápido, cortado, quitándose la palabra el uno al otro, acuciado Martín por una enorme ansia de saber.

—Saliste del pueblo...

—Hace dos meses.

—¿Y mi padre?

—Tan fuerte.

—¿Y mi madre?

—Tan firme.

—¿Y Tónico?

—¡Si lo vieras!... Ha dado un estirón de un palmo. Y Fuensanta, tan guapica.

—Oye... ¿y el señor cura?

—El señor cura sigue con la manía de dar a los pobres lo suyo y lo ajeno, con lo que no logrará más que hacernos pobres a todos.

—Es un santo. Oye... ¿y los amigos?

—Antonio se casó. Ernesto y Felipe siguen tan revoltosos. Paco, ¿te acuerdas?, comenzó a malear y se murió.

—¿Se ha muerto Paco? Pobre... Oye... ¿y Rosa?

—Se fugó con el Rufo.

—Oye... ¿y María?

Al fin se había atrevido a preguntar por ella.

—¿María? Pero... ¿es que no lo sabes? ¿No te lo han escrito? María es mi novia.

Se quedó Martín sin voz. No pudo decir nada. Una exclamación de asombro se le ahogó en la garganta seca, como estrujada por una mano invisible.

Adolfo, cuchicheando, continuó casi al oído de su amigo.

—Estamos entendidos desde unos meses después de verte. Parecía que la galanteabas, y luego la dejaste colgada. Yo mismo hubiera apostado que la querías, Martín, pero se ha vis-

to que no. En cuanto vuelva nos hemos de casar. Nuestras familias ven esto muy bien, y, sobre todo, que ella me quiere muchísimo. Eres buen amigo nuestro y te alegrarás.

Hablaba de buena fe Adolfo, que no veía la cara de Martín, donde se iba marcando la huella de una tortura suprema. Y al fin pudo éste decir con voz ronca:

—¿Estás seguro de que te quiere?

—¿Por qué me lo preguntas? —respondió Adolfo, un poco extrañado. —Puedo enseñarte, si quieres, cartas de ella. En todas dice que soy su vida de un modo ingenuo y sencillo donde se ve la verdad.

Sintió Martín morirle el alma. Una infinita desgana, un horrible pesimismo se apoderó de él como un maleficio aletargante; desvanecíase la gran ilusión de su vivir, el oculto motivo que le mantuvo firme, a través de las penalidades de la campaña. Vio con espanto que su familia, su pueblo y sus padres eran nada para él junto a María, a su recuerdo, a su cariño, que no era suyo, que jamás sería ya suyo. Y quiso quedarse solo para tenderse cara al suelo y llorar largamente, y desear morir también.

—Vete —dijo a Adolfo. —La luna está saliendo. Es posible que te vean. Mañana hablaremos más de allá.

En efecto, la luna en creciente asomaba su fría luz por encima de las cumbres orientales, y una vaga claridad astral comenzaba a inundar el valle.

Cambióse en azul profundo la profunda negrura celeste. Recogieron las estrellas en sí sus más vivos destellos, y algunas pequeñitas pareció que se apagaban. Brotaron de la tierra imprecisos contornos de rocas, de árboles, de tiendas de campaña. Una de éstas, más cercana, era como una puntiaguda mancha de niebla o como un humo blanco que naciera del suelo. Y en lo alto de un picacho encendióse una rojiza hoguera, tal que una alucinante señal desconocida.

«Cegarra Salcedo escribe siempre en la suprema tensión. No hay un momento de abandono, de descuido, de desfallecimiento».

José Ortega Munilla

Adolfo se dispuso a ponerse en pie. Y al mismo tiempo surgió tras él una sombra destacándose de las chumberas, una sombra alta y recia que avanzó en dos saltos...

Martín y Adolfo apenas tuvieron tiempo para advertir lo que iba a suceder. Adolfo echó mano a su machete. El otro ni aun pudo coger el fusil.

Entonces Martín pudo ver a la tenue luz lunar cómo un brazo musculoso empuñando con su mano de garra un agudo cuchillo morisco se alzaba sobre el pecho de Adolfo... Saltó elásticamente, se puso ante su amigo cubriéndolo, abrió los brazos, ofreció su cuerpo a la brillante hoja que se abatía con brutal fiereza en busca de corazones cristianos que morder... Y en el generoso corazón de Martín se hundió el cuchillo, como en un tibio estuche rojo y palpitante.

Huyó el asesino por donde vino, cauto y rápido, sin que le alcanzase el disparo que hizo Adolfo, luego del primér asombro estupefaciente. Y cuando el soldado se inclinó sobre el cuerpo de su compañero caído, oyó que éste apenas podía decirle.

—Ese golpe... iba para tí... pero ella te quiere... y lo he recogido... Sereis felices... No te olvides de hacerle saber que la quise tanto que dí mi vida... para que ella fuese dichosa...

Despierto el campamento por la alarma, poblóse la noche de temerosos ruidos. Agonizaba el silencio al par que Martín, y acabaron de matarlo las sonoras lanzadas de los clarines, mientras Adolfo ponía un beso en una frente yerta...

LA ORACIÓN QUE LLEGÓ AL CIELO

A D. José Pascual Ferrer

Había sido ardentísimo el estío. Llegaba calcinada la tierra al otoño, con hidrópicas ansias; socarrados los rastros, retostados los árboles, deshechos los terrones en un polvo seco y blanco que levantaba en torbellinos la más leve brisa, y en cegadoras nubes asfixiantes el cálido y huracanado viento del Sur. En las postrimerías de septiembre pasó una rápida tro-

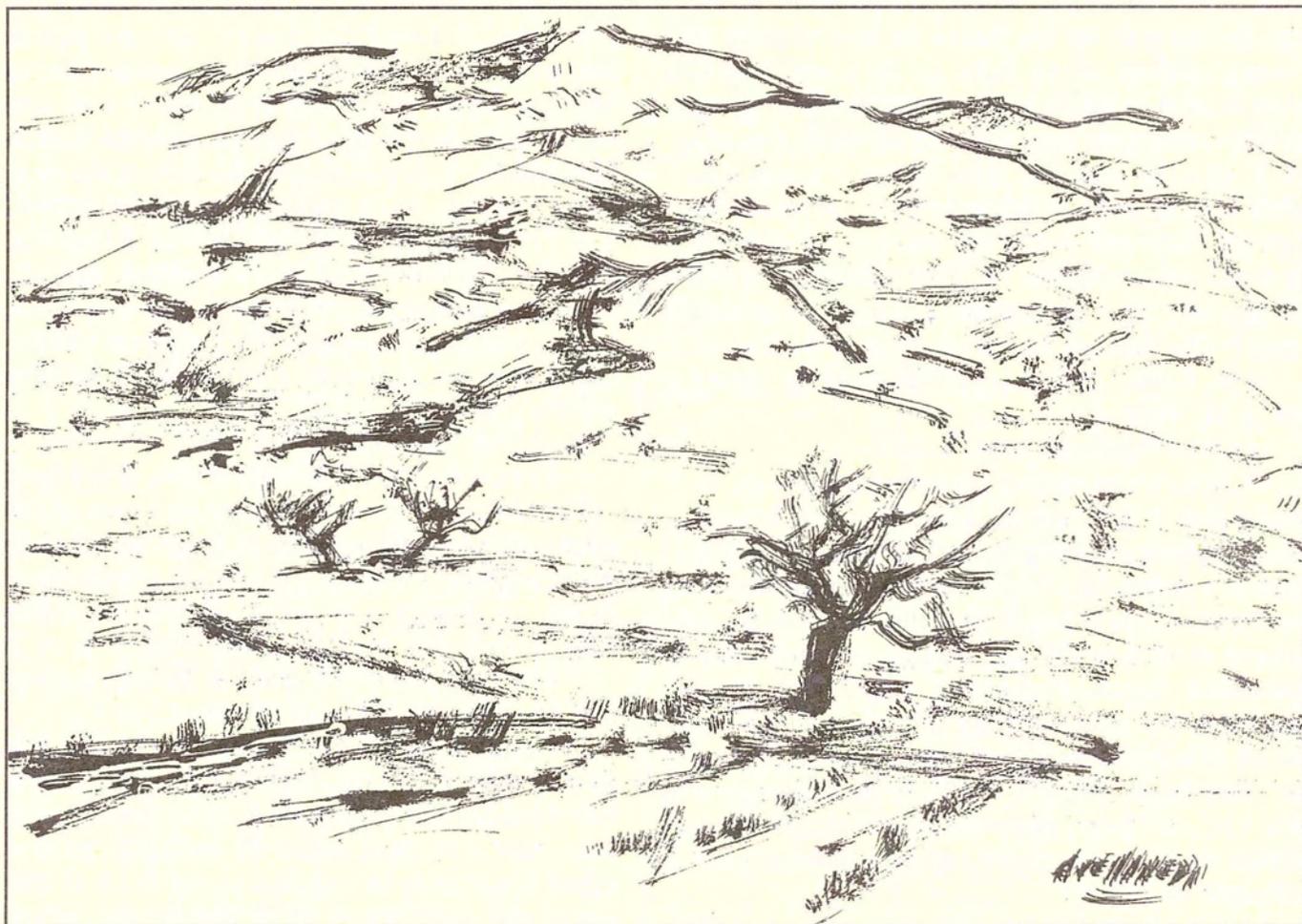
nada amenazante y negra que despertó los dormidos ecos de la llanura con un redoblar pauroso, dejando apenas la huella de unos anchos goterones en los pámpanos del viñedo y en la tierra del camino. Y estos días de octubre, ya acortados, sucedíanse diáfanos y secos, con ambiente de agostaña calina. Quizá la madrugada ponía unas minúsculas gotas de rocío en las sedientas hojas; pero esto era tan poco... Y luego, aquel sol poderoso, implacable, enviando su dorada lumbre a través de la clara y transparente atmósfera, sin una nubecilla, sin una niebla, bellamente, trágicamente azul...

Llegaba el polvo de la sequía angustiada hasta el mismo arroyo humilde cuyas márgenes orlaban juncales y cañizos color de paja y algunos altos árboles desnudos, y cuyo lecho era ahora un caminito de blancas piedras redondas sobre la seca arena. Y llegó noviembre sin que sonara la dulce música del agua discurriendo saltarina por el cauce...

Ni una mancha verde en todo el llano. Ni un vellón blanco en la alta bóveda, toda profundo, cristalino añil sobre la gran extensión gris-blanquecina de la tierra. Pasaba por las cosas un aliento de fiebre. Habían perdido las arboledas sus hojas ya. Y eran sus negras ramas cual brazos implorantes de lluvia benéfica, que no llegaba...

Algunos labradores prepararon las tierras, como siempre; otros hasta las habían sembrado con deseos de aprovechar la primera turbonada; los más, esperando, esperando, veían llegar estos días del mes penúltimo sin ararlas siquiera. Y todos miraban desolados el tristísimo aspecto de los campos, sin una yerbecilla, sin un rastrojo, como trasuntos de una estepa arrasada o de un estéril arenal.

No llovía, no. ¿A quién se le ocurrió primero que «aquéllo» era castigo de Dios? ¿Cómo se abrió camino en las rudas mentes esta idea, llenando de temor los corazones y habiéndoles recordar el abandono casi impío en que tendrían mucho tiempo las cosas del cielo? Y comenzaron unos a otros a echarse la culpa de que fuese viejo el manto de Nuestra Señora de los Llanos, y de que sólo hubiera en la torre de la ermita un esquilón cascado, y de que el



tejado de la ermita misma estuviese tan mal que cayeran goterones, cuando los temporales de invierno, dentro del sagrado recinto.

—No llueve —dijo en cualquier parte una de esas viejas que parecen brujas— porque si lloviera se mojaría la Virgen, y el Señor nos castiga este abandono, y el de no haber cambiado la campana que cascó el rayo...

Cuando sucedió este percance en la tormentosa primavera pasada, había tratado el Sr. Cura de hacer una colecta para refundir el bronce rajado. Primero habló al tío Bernardo.

—Tío Bernardo, le he puesto a Vd. un duro para la campana nueva.

Y el requerido contestó.

—Déjeme Vd. de campanas, padre. Lo que yo necesito es que cierna bien la viña, no que me asorden con los repiques.

Ahora fue el tío Bernardo quien buscó al Sr. Cura y le dijo:

—Sería bueno, padre, que fundiéramos ese cascajo de la torre; tome Vd. cuatro duros. Y que sigan los demás...

En dos semanas estuvo listo el esquilón sonoro, y casi al mismo tiempo el nuevo manto de Nuestra Señora, con mucho dorado y mucha seda y muchas piedras brillantes y falsas; también en estos días se retechó la ermita. Y así llegó el final de noviembre, sin llover...

Esto era, en verdad, excepcional. Entraba el mes de la Natividad con tiempo frío, pero seco y cortante. Heló algunas noches, y amanecían las tierras como cristalizadas, crujientes y duras. Tocaba ya a su término la provisión de agua de los moriscos aljibes, y se redujo a la mitad el caudal de los escasos pozos del término. Llegaron hasta secarse algunos. No recordaban caso semejante los más ancianos. Y una angustia supersticiosa, inconfesada, algo como un vago terror milenario de cosas extraordina-

rias, sobrenaturales, se fue apoderando de estas gentes que en las horas de abundancia se vanagloriaban de su falta de fe y ahora querían tenerla, y acaso —pensaban con íntima zozobra —era tarde para recobrar el tesoro perdido.

Y uno de aquellos que en los buenos días más alardearon de descreimiento, el «socialista» tío Bernardo —que era usurero del doscientos por uno además de libre pensador— fue el primero que se atrevió a formular la idea que bullía tiempo ha en el cerebro de todos.

—Sr. Cura, ¿por qué no sacamos en rogativa a la Virgen?

—Como queráis, hijos míos.

Se hicieron enseguida los preparativos con entusiasmo. Y el nueve de diciembre, una hermosa y diáfana mañana de sol, echaron a la Virgen por enmedio de los campos empolvados y ardorosos, envuelta la sencilla imagen en su nuevo manto refulgente, de una primitiva suntuosidad. La muchedumbre, palpitando de esperanza, rodeaba el trono, ingenuamente adornado con olorosas flores humildes traídas desde muy lejos. Y era el cielo de un imponderable azul, un poco desvanecido sobre las agrias cimas de la sierra, cuyas cumbres violeta recortaban al Norte.

La Virgen de los Llanos miraba la campiña con sus cándidos ojos. Marchaba en su trono lentamente. Las gentes la precedían, la seguían, la rodeaban en compacto grupo. Y le hablaban así:

—Madre mía, haz que llueva pronto; yo sembraría mis campos,

—Virgen santa; si no llueve se secarán mis viñas.

—Señora, salva mis naranjos, que se mueren de sed.

—¿No te da lástima de mi campo, Madre? Si llueve sacaré de él cien fanegas, Madre mía; te ofrezco una.

Pedían así porque en los buenos tiempos se olvidaron de rezar y no sabían en éste recordar las viejas plegarias. Y como a tales peticiones les faltaba la fe y les sobraba el egoísmo, en vez de subir al cielo, caían pesadamente a los surcos, como pájaros muertos, a los áridos surcos agostados.

Iba en la comitiva con paso vacilante un pobre viejo, el único del pueblo que no poseía tierra alguna. Vivía de limosna, porque ya no podía trabajar. Y llevaba de la mano a su nieto, un niño de tres años apenas, vestido humildemente. Se le partía al anciano el corazón viendo el aspecto de la campiña, y el del viñedo que fue suyo y era ahora del tío Bernardo, quien usurariamente se había quedado con él.

—Dios mío —dijo el viejo— haz que acabe esta sequía y que todos puedan sembrar sus tierras y que no se muera este pedacico de viña del tío Bernardo.

Luego se volvió al niño:

—Reza, hijo mío, a la Virgen para que llueve.

El niño tampoco sabía rezar, y en esto se conoce que no tenía madre. Y abrió asombrado sus anchos ojos azules, y comenzó a decir cuanto era su ciencia y su saber, aprendido quién sabe dónde por intuición angelical.

—«Padre nuestro que estás en los cielos... Padre nuestro que estás en el cielo...».

He aquí todo lo que balbució el niño con su vocecita de plata, de cristal y de fuente, mientras lloraba el abuelo. Y estas breves palabras bastaron para hacer el milagro, porque aquel fragmento de oración se clavó en el diamante del cielo como un dardo de oro, mientras las súplicas de los demás caían a los surcos como alondras sin vida. Y el Señor escuchó a la dulce voz infantil; y cogió las lágrimas del abuelo, y las evaporó, y con ellas hizo una gran nube fecunda y la mandó a la tierra... Y llovió muchos días mansa y copiosamente...

(Del libro «Sombras»)

EL VALLE

Por lo más hondo repta el río. El valle es ancho, circular, encinturado de eminencias, humildes y gredosas hacia una banda, ásperas y enriscadas por la otra parte, la del Sur. El río es humilde, de caudales magros, que en estío se soterran en una arena de oro, retostada, desértica; bajo su ardiente capa movediza, queda escondido el húmedo tesoro, que vuelve a ver

la luz en los primeros días otoñales para copiar los fastuosos crepúsculos de púrpura, de fuego, de ámbar, de topacio. Son aguas gordas, rojas, sucias, que sedimentan en las jarras una costra de almagre. Y en los remansos trémulos, donde el río quiere detenerse para alargar su vida, ya miedoso del mar, parecen sus caudales una emulsión de sangre y cielo...

Ambas riberas nutren a los rizomas de las cañas, de foliación en bayoneta, y a las maléficas adelfas, y a los esbeltos juncos y mimbreras que hace vibrar la brisa con agrarios silbos. Sobre esta flora a ras de agua, se levantan —caen, en desmayo triste— las ramas de los sauces, y el grupo musical de los grandes álamos con los troncos leprosos y las hojas temblantes. Vencido ya el talud del cauce, breves cuevas gemelas, comienza el naranjal que huele a novia en desposorio, el naranjal maravilloso cortado por viales de moreras artificialmente desnudas. Aquí y allá se abre la apretada fronda, y otros árboles en fruto, de un verde nuevo y delicado que no conoce el invierno, que ha nacido de besos de sol marzal, arraigan en los huecos del bosque oscuro y nevado de azahares y allí van hinchando los cálices de sus flores hasta hacer de ellas pomas.

Cuando la tierra se empina en promesa de monte, deja de recibir el halago del río. Entonces brotan de ella los contorsionados troncos del olivar, con la empolvada plata de sus coplas, y, los finos almendros que el sol de enero cubre de rosas impacientes. Y si la tierra insiste en la empinada, y la promesa de monte llega a ser realidad, abren los pinos sus sombrillas verdes para encubrir los afloramientos de piedra silícea, armazón y esqueleto de las cumbres. Más arriba, las fibras del esparto sirven de pobres cuerdas de arpa al rabioso viento de montaña. Y en lo cimero, los galayos desnudos, que saben hendir con sus cuchillos de pedernal el fofo vientre de la tormenta. Desde los pétreos lomos, se adivina el Mediterráneo, lontanamente, como una condensación de cielo...

¡Oh, el gran manto de cielo que cubre este paisaje, la limpia y comba lámina de zafiro que es su fanal! Sólida agua azul de lagos irreales. Por ella, dulcemente, bogan los cisnes de unas nubes...

La tierra, enamorada del alto azul, quiere llegar hasta él, apasionadamente. Se levanta la sierra con ese loco intento. Mas cansada muy pronto del esfuerzo de cíclope, se hunde en los precipicios, se deprime en barrancos pavorosos... Y la llanura, entonces, intenta herir al cielo con las puntas de lanza de los cipreses o el verde surtidor de las palmeras...

LAS MONTAÑAS AZULES

Vistas en lontananza parecen las montañas talladas en zafiros hialinos y gigantes. Y mi ambicioso espíritu se ha enamorado de ellas, y ardientemente las desea, y en su busca, ilusionado, sin reposo marcha y marcha...

Cuánto milagro atesoráis, enormes moles remotas: medrosas curvas entrecruzadas por las estalactitas, rugidores torrenciales, altozanos suaves, eminencias abruptas, impenetrables bosques como el mar rumorosos, agujas atrevidas donde anidan las águilas, enhiestos picos que la bruma envuelve como un airón esbelto. Y habéis enamorado a mi alma, bellas montañas de ópalo y turquesa, y hacia vosotras vuela este inquieto espíritu mío, a quien fascina todo lo azul.

Y hacia vosotras vuela. Llega al fin. Estremécese de ventura. Va a poseeros, y el infinito anhelo será saciado.

Sin embargo... ¿Qué acerbo desencanto se infiltra en él? ¿Por qué no encuentra ahora los quiméricos bosques, las traslúcidas piedras preciosísimas, las soñadas cavernas, palacio de los gnomos que no existieron nunca? ¿Quién ha cambiado aquel impecable azul de gema de la lejanía en algo áspero, sucio, terroso, mineral?

«Todos los que nos acercamos a él quedamos prendidos de su optimismo».

Carmen Conde

Vista de cerca la montaña es fea. Apártate, alma, de ella. Desde lejos tornará a parecerse deseable, y verás otra vez pintadas de añil sus cimas. Pero no intentes acercarte jamás. Romperíase el encanto de este espejismo embellecedor que, como tantos otros, nos hace idealizar todas las imposibles y lejanas cosas. Y así llenan nuestra vida de ficciones, y con ellas acaso somos dichosos, porque decir mentira es decir ilusión...

UNA ACCION BUENA Y FACIL

Cada día, en las ciudades, aumenta el número de bellas mujeres que no tienen novio, encantadoras muchachitas que entran en la juventud llenas de esperanza y ven pasar los meses y los años en una soledad fría y dolorosa. Y así, sin saber cómo, se van haciendo viejas... ¡Oh, la tragedia de las arrugas y de las canas invasoras y de los labios que se emblanquecen y de los ojos que se apagan!... Un día, estas alocadas mozuelas se ponen a palmotear alegremente... —«¡Mañana cumplo años!»— Y de pronto se quedan serias y pálidas, porque han llegado a los treinta, y esto les da un poco de miedo...

Son bonitas, hacendosas y dulces. Algo místicas, algo tímidas. Un poquito cursis quizás por atraso en las modas, pero tan buenas, tan buenas, y con un tesoro de ternura en el corazón... Y no es que no se casen; es que ni siquiera han tenido novio, ni aún uno de esos remotísimos novios fugaces, tan característicos de las solteronas viejas, a quienes les sirven para suspirar muy hondo cuando se habla de amores y para decir dolientemente sus nombres, que son siempre eufónicos nombres de novela romántica...

Las plácidas tardes de domingo, serenas bajo esa luz de los días festivos que parece más transparente, estas muchachas se asoman a los balcones de las callejas provincianas, con sus mejores vestiditos, muy lamido el cabello, y una leve huella de perfumados polvos en las cansadas mejillas... Se acodan sobre la fría baranda herrumbrosa, a esperar, a esperar siempre lo que

nunca llega, a esperar como todos los días, con un anhelo tímido y palpitante, algo que rompa la monotonía cotidiana; una chispita de ensueño, unas migajas de quimera... ¡Los pobres pájaros enjaulados se contentarían con tan poco!

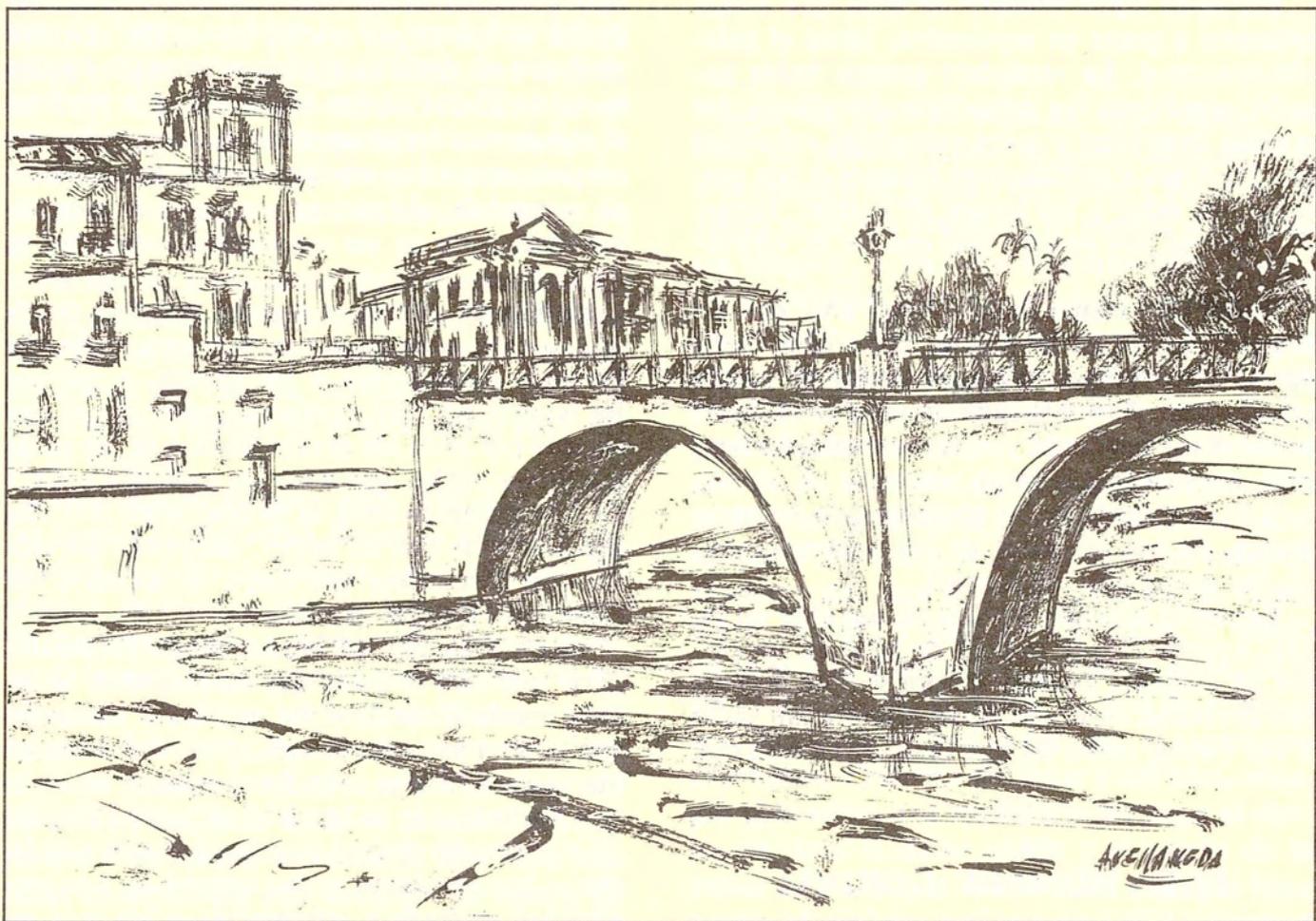
Qué buena obra para vosotros, los jóvenes de corazón generoso, pasear esas calles por donde nadie pasa, mirar a esas mujeres que nadie mira, echar una brazada de olorosa leña al rescaldo casi apagado de sus esperanzas ¡Qué inmensa y eterna gratitud haríais nacer en los corazones de esas mujeres, que ya toda la vida habrían de latir para vosotros! Y os aguardarían siempre, aunque no volviéseis a mirarlas jamás, aunque nunca tornaríais a cruzar por la triste calleja donde os esperan...

No olvidaros, los corazones generosos, de hacer esa obra buena, tan fácil...

EVOCACION DEL TIEMPO DE ESTUDIANTE

Imagino, a veces, estar frente a un alto muro ciclópeo, muralla gigante, de hacinados peñones sin más traba que su propio peso; mole inmovible que ningún esfuerzo físico podría horadar, cabe tenderse al pie de esta barrera en espera de no se sabe qué, cabe asimismo la gentileza del salto atrás, en busca de otro cariño. La evocación y el recuerdo no son otra cosa que rectificaciones del avance del pensamiento. Divina gracia aquella que nos permite revivir el pasado cuando el presente no es gustoso. Yo quiero irme ahora, en un raudo vuelo imaginativo, a los días del bello tiempo estudiantil.

Me acuerdo de aquella impresión rumorosa y fresca de los árboles enormes que nos salían al paso en las estaciones de la huerta, y luego en los jardines y en las carreteras de la ciudad. Nosotros, los muchachos de aquel colegio, veníamos desde una tierra tan seca, tan gris, tan estéril, a este oasis que se bebe al río... ¿Y la fiesta del agua corriente, dando en los azudes su salto espumoso y musical? Ibamos a Murcia a examinarnos y a ver pasar el agua bajo



el doble arco patinado del viejo puente. Y aquella visión fresca y rumorosa de los árboles y del río nos acompañaba ya todo el año, —fino dardo de nostalgia— en el páramo estéril, seco y gris...

Nosotros veíamos todo el año hacia el norte, cerrando el horizonte con su telón de azul violeta, la sierra lejana. En ella, la cortadura del Puerto como una mella colosal; es el paso entre el valle del río y la gran llanura de más acá, tan diferentes y tan próximos paisajes.

El tren se mete por el Puerto, jadeando, retardando el compás de su marcha en la ascensión lenta, con ritmo de vértigo en el descenso.

Cuando íbamos nos parecía que las ruedas cantaban un himno; al retorno entonaban, cansinamente, una desencantada elegía...

Me acuerdo de aquella fondita en una calle estrecha cercana a la Catedral, donde se oían también las campanas de la gran torre; y de

aquella blonda muchacha que tocaba al piano el prelude de «El Anillo de Hierro». En la sombría calleja retorcida, la antigua sonata adquiriría un prestigio romántico, un encanto secreto y desconocido. ¿O todo es ahora obra de mi evocación? Aquella pobre muchacha fea, aquel desafinado piano, aquella ínfima fondita, viven en mi espíritu perdurablemente, entre un revuelo de catedralicias campanas que lo revisten todo con su estruendosa pompa musical.

Palmera, la más alta palmera que se columbra desde el Malecón, increíblemente esbelta, cimbreando en la brisa su penacho y el tesoro amarillo de su fruto: ¡cómo te viste de oro el sol poniente, perezoso de entregarte a la noche y a la niebla fluvial! Alta palmera mora, la más alta que se columbra desde el Malecón, deja en esta prosa dedicada al bello tiempo de estudiante, la huella lírica que grabaste en el alma de los muchachos de la tierra yerma.

Recuerdo aquel remedo de feria que alcanzábamos a gozar en septiembre, junto al palacio episcopal. La verdadera pompa había pasado, quedaban las percalinas desteñidas, las adelfas marchitas y unos rezagados caballitos del Tío Vivo. Estudiábamos química y nos gustaba aún subir a los lomos de cartón. Luego, Pío Baroja nos enseñó que eso no es vergonzoso.

Había un cinematógrafo aquel año, con un órgano chillón en la puerta; un órgano lleno de dorados tan estruendosos como su propia trompetería. Y como había llovido en el Norte venía el río hinchado y rojo, estruendoso también en su cantata larga y ronca.

¡Oh, el absurdo de los suspensos, de los aprobados, de los notables, de los sobresalientes, de las matrículas de honor!

Recuerdo aquellas patillas de algodón en rama, aquella limpia mirada de niño en un rostro de anciano, aquella sonora voz de acentos tan cordiales; recuerdo aquel hombre tan sabio y tan bueno, como un leve peso en mi corazón.

ESTE HOMBRE GORDO...

Este hombre gordo y saludable, vestido de negro, con su gran cadena de oro y las numerosas sortijas de sus manos sudadas; este hombre que huele a manteca y a pellejos de vino y que bebe voluptuosamente su café muy cargado y chupa con entusiasmo de un cigarro pestilente, este hombre honrado que pasa la tarde del domingo sentado en el paseo, a la puerta del Casino, indiferente a todo lo que no sea el laborioso proceso de la digestión; este hombre que se deleita con la música de los gramófonos y a quien las mujeres le parecen tanto más deseables cuanto más gruesas están, este hombre feliz y craso quisiera yo ser.

¡Oh! ¡Mi almacén de aceites y vinos, los cientos de jamones y chorizos colgando graciosamente del techo, mi tiendecita siempre llena de gentes, la caja cada día más repleta, la hacienda cada vez más próspera! Tendría una mujer que se llamaría Tomasa, de hidrópica gordura,

una grasienta mujer que roncaría estentóreamente en las largas noches de sueño; también tendría una dulce amiga rubia y frágil a quien haría recatadas visitas todos los días festivos, y alguna vez entre semana; esta amiguita me costaría muy cara, me engañaría constantemente, y pondría, al besarme, un gesto de asco invencible; pero yo no me enteraría de esto, ni de nada...

Habría de gustarme mucho jugar al dominó; yo diría «dómino», por la misma razón que llamaría «méndigos» a los pobres, a quienes les tendría un odio profundo, parecido al que sienten por ellos los perros de lujo de las casas grandes— «¡Oh, qué asco los pobres!» —Otra de mis pasiones sería la brisca; jugaría a ella algunas veces con mi mujer, marcando los tantos con garbanzos, que luego de sobados harían unos potajes exquisitos...

Yo sería alcalde de barrio, luego concejal... ¿Por qué no? Y cada día tendría más abdomen y más dineros, y me arrullaría mi mujer con ronquidos más fuertes, y mi dulce amiga me engañaría con más frecuencia...

¿Que todo esto es horrible? ¡Oh, no lo creáis! ¿Y el tormento de una inquietud nunca satisfecha, y las quiméricas ansias imprecisas, y la sensibilidad excitada y estremecida a los más nimios contactos, y el doloroso anhelo de no se sabe qué espera angustiada, y toda esa muchedumbre de cosas imposibles y deseables que hacen mi vida amarga y torturante?

¡Intento reirme de este hombre maloliente, saludable y gordo, y es él quizás quien está en posesión de la verdad y —mercedamente— se ríe de mí!

LA RAMBLA

La rambla es ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Pasan años y años sin que discurra una vena de agua por este formidable cauce, hondo y estrecho en la sierra lejana; ancho, ancho aquí en la llanura desnuda y abierta. Durante muchos meses del año, la arena de la rambla se halla tan caliente como la del Desierto: si la cogéis entre los de-

EL ESPARTO

dos, antes de huir culebreando, os quemará como un hierro al blanco. En vano buscará el pájaro o vosotros el hilo trémulo de una fontana en el pedregal de este lecho. Si estáis en su centro, y los taludes marginales os vedan la visión de los pobres cultivos en los campos propíncuos, y es julio o agosto, podéis creer en el Sáhara.

Paraíso de los lagartos, estas piedras quemadas y calientes. Piedras preciosas, esmeraldas, los ojuelos de estos animales fríos y rápidos, enanos de los saurios, caricaturas de cocodrilos venidos a menos en el enorme río seco que es la rambla.

Hace mucho tiempo, uno, dos, tres siglos, las hermosas montañas donde la rambla nace, estaban vestidas de bosque, traje suntuoso de pinos y de encinas que los hombres del llano fueron arrancando a jirones. En toda la cuenca de la rambla sólo queda un pino muy viejo, arrugado como un labriego de noventa años empeñado en vivir. Por carcomido y escleroso, el único hombre del llano que no ha emigrado todavía lo desprecia desde su casuca. Pero este invierno sin lluvias arreciará el frío; una mañana transparente, con cuchillos de helada en el viento, el último hombre del llano abatirá al último pino del monte, venderá su cadáver y se marchará lejos en la bodega hedionda de un barco de emigrantes.

Ahí quedará la rambla ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Un otoño cualquiera lloverá por cinco años en una sola noche. La rambla transformada en río verdadero arrastrará a la abandonada casuca borrando toda huella de trabajo y de humanidad en el páramo que hace uno, dos, tres siglos tenía fontanas con risa de agua corriente y huertos con risa de hombres felices, cuando la hermosa montaña vestía su traje de encinas y de pinos.

Esta fea fibra de esparto, seca, rígida, esa fibra de esparto, ¡cómo se agarra a la peñota, a la entraña de granito del galayo! En la suma altura el galayo orgulloso se levanta con audacia inmóvil. Y en todo su corpachón milenario y durísimo, sólo ha podido ese esparto hincar el largo, fino diente de su raíz. Medrados jugos los que da la piedra, y así ha nacido ese vegetal ahilado, tenso y punzante como la hipertrofia de una espina. Mas ¡qué maravillosa cuerda de arpa esa espina hipertrofiada, allá arriba, en el seno de la orgía de los vientos! el viento del norte, el de tierra, el del páramo, el viento del ocre y de los caminos, el viento febril en estío y glacial en invierno, el viento de la sequía y del polvo, el viento sucio, hace llorar al esparto, de calor, de frío de asco, de sed. El viento del sur, el del mar, el viento mediterráneo, el viento del agua y del azul, siempre tibio como una respiración humana, el viento que trae la dulce niebla y el regalo de la salina humedad, el viento sano y limpio hace cantar al esparto gozosamente de bienestar y de alegría. La cabezota pétreo del galayo no comprende lo que dice esa humilde voz, y se empeña en tapar al esparto de bella visión marina. Y no piensa el coloso en que la fina raíz le va mordiendo lentamente el dorso de granito, hasta quebrarlo en un fracaso de alud.

¡Al fin ladera abajo con estruendo de trueno los cien pedazos de la cumbre! El esparto quedará arriba, frente al mar, cantando la canción del aire tibio, húmedo y salino, cantando dulcemente, como una cuerda de arpa, sin saber lo que ha hecho...

«¡Patético Andrés Cegarra, con una contención creadora, con una elegancia decidida a no volverse personaje de autocompasión!».

Alemán Sainz

NOCHE DE SEPTIEMBRE

Si el equinoccio no adelanta uno de sus inconscientes zarpazos, estos primeros días de septiembre son el más bello regalo que el año puede hacernos. Tiempo de madura plenitud, tiempo en sazón perfecta, de jugosa pulpa frutal; y en su corazón, la amarga almendra del otoño presta a germinar poderosamente.

Ha perdido ya el cielo ese blanquecino esmeril, humaredas de horno, que le puso la cánicula, y de nuevo tiene el gran zafiro su magnífica transparencia. En las albas y en los ocasos palpita una promesa de colorísimos rojos. Y por todo se diluye una melancolía balbuciente, una tristeza recién nacida, gota de acíbar en la miel que acaso por esto nos parezca más dulce.

Cuando la noche ha cubierto a la tierra con sus alas corvinas, una inmensa paz lo baña todo como agua inmóvil. ¡Qué deleite entonces, dejarnos a la espalda la ciudad epiléptica y meternos campiña adentro, por los rizados caminos rurales que no se sabe dónde van!

Por ambas márgenes del sendero caprichoso, quieta tropa de arboledas dobladas con la dulce carga de las pomas. La tenue luz de las estrellitas apenas basta para envolver las cosas en un resplandor de luciérnaga; mas ya está aquí la bonachona, mofletuda luna, derrochando su plata impalpable; ella sabe afilar las dos lanzas de nuestra mirada, que vuela hasta el paredón lejano de una sierra, por encima de la maraña de los huertos y de la cárcava del río. En lo más sumido de la fosa fluvial, había unos harapos de niebla con el propósito de parecer fantasmas; se disuelven, asustados por la luz astral. Un ave de presa, ojos fosfóricos y blando plumaje, corta las sombras con un chasquido largo y descendente, de seda que se rasga. Y el cielo nos parece la frente enorme de un Polifemo negro y descomunal, porque se abrió del todo esa pupila de la luna. Y por ese agujero blanco se han puesto a soplar unos ángeles trasnochadores: brisa. El fino viento

trae en sus brazos el perfume de las toronjas verdes todavía, el aliento de las apopléticas granadas, el áspero olor de los membrillos anémicos, como si el tiempo hubiera abierto su arca de coloso para cambiar las vestiduras exiguas del verano por un prieto ropón. Todo callaba como dormido, y oid al instante los murmullos que se alzan en coro; nadie sabrá nunca traducirlos fielmente, y da gozo escucharlos, sin embargo. El silbo de los pinos es el ensayo de una música de flautas; los domesticados naranjos dicen abónico cosas lentas y sesudas; unos álamos se entretienen en imitar con cierta maña el ruido de un chaparrón; y las tias cañas rubias, con sus plumeros grises y sus hojas cortantes, ¡qué escándalo han movido, qué chismorreos de vecinas en el mercado, cuánta fantástica mentira se han puesto a contar con prisa, todas a la vez!

Con esto, lógicamente, se asustó el viente-cillo descolgado desde la luna y allá se fue trotando hasta los montes, para esconderse como alimaña herida, en sus cuevas profundas. ¡Bajará cualquier día robusto y vengativo, hollándolo todo con sus cien mil pezuñas invisibles, y tronchará las cañas, y los naranjos y los álamos como si fuesen cañas también!

Ahora, ¡qué silencio! En sus pausas, sentimos el monorritmo fresco del río, casi exangüe, ladridos de canes vigilantes, un estridor de élitros, y cuando se cansan estas voces desconcertadas, de aquí el compás de nuestro corazón, que piensa ser el centro del mundo, soberbiamente. ¡Y ruedan, en la altura, millones de astros!

De modo inesperado, apagan y encienden rojos faroles en aquel temeroso rincón celeste: relámpagos. Y un escalofrío de miedo sacude a la campiña como un sismo. Las palmeras, esas verdes arañas encaramadas en lo sumo de sus finos troncos, ven desde sus atalayas lo que acontece al otro lado del confín, y poseídas por el más grande pánico, se ponen a cabecear diciendo al mismo tiempo «sí» y «no». Por aquella celeste rinconada, tan temerosa, ha metido el otoño la punta horrible de su bestial hocico.

MONTAÑAS POLICROMADAS

Los hoteles se agrupan con las Termas formando una pequeñita y limpia ciudad, urbe de juguete, entre el bosque de naranjos y la sierra. Uno de estos hoteles lleva el nombre de una región española, aquella que sirve de insensible tránsito desde la llanura castellana a la suavidad cantábrica: León. Pero todo el mundo antepone a esta palabra el artículo, con lo que resulta una evocación inevitable, de la rugiente fiera, y el recuerdo de aquellas denominaciones pintorescas con que se rotulaban antaño, en la era de las diligencias, las viejas posadas de los caminos reales.

Nuestro amigo vive ahora en uno de los cuartos de este hotel del León, más próximo que los otros albergues al fuerte muro de los montes. Una habitación blanca y limpia, llena de sol de oro. El balcón es el marco de un paisaje de tierras enriscadas, con un pino solemne en primer término, y en el telón de fondo, sobre el lomo del cerro, una asamblea de pinos juveniles, que dan el aire fino las nuevas melenas de sus copas. Hacia la otra parte, queda el río sonoro. Para mirarlo, he aquí la gran cristalería abierta sobre los naranjales. El río va cantando su balada sorda, festoneado por los cañares de troncos rubios, como esbeltas barras de miel. Arriba, el cielo es tan sólido, una campana azul de cristal tan firme y cuajado, que se comprende la necesidad de sostenerlo bien apuntalado con esas columnas gallardísimas y multiplicadas de las palmeras.

En otro cuartito residen Monsieur Brown y Mr. Spencer, dos altos y magros ingleses, artistas, pintores; blanca la cabeza de Mr. Spencer; más joven, Mr. Brown, ambos, con la ingenua mirada azul de la raza sajona y aquel paso elástico y poderoso de los pueblos dominadores que han plantado su huella en todo el mundo. Y como ellos desconocen absolutamente el idioma español, nuestro amigo, ante el estéril forcejeo verbal de sus vecinos con la servidumbre, recordando hasta cuatro docenas de palabras francesas aprendidas en el bachillerato, ha intentado entenderse con los extranjeros. Por fortuna Mr. Brown sobre francés. Y de este modo, nuestro amigo ha ingresado de golpe en el honroso y sufrido cuerpo de intér-

ANDRES CEGARRA SALCEDO

GAVIOTA



33

CUADERNOS MURCIANOS
1980

pretes de hoteles, ganando la estimación y la gratitud de los viajeros.

Y ellos muestran a nuestro amigo sus lienzos pintados. Han recorrido ya todo el litoral de levante, desde Gerona a Murcia, y quedan aprisionados en sus bocetos y apuntes muchos aspectos interesantes de la tierra de España vista por pupilas exóticas. Aquí está la mole de la catedral gerundense, tras un macizo bosque; aquí la roja fábrica de un puente sobre el lecho de una rambla sedienta, en la cálida Plana de Castellón; aquí, un paisaje de serranía: árboles retorcidos, torturados, mutilados, con más raíces que hojas, raíces como serpientes muertas que abrazan a la piedra, y peñones gigantes, con bárbaras tajaduras del rayo o del terremoto: Benidorm; aquí un país seco, de ocre uniforme con una palmera solitaria, y a lo lejos, el cielo que se hace mar: costa de Alicante.

Y mientras ven estas estampas Mr. Brown habla con nuestro amigo, en tanto que Mr. Spencer fuma calladamente su rubio tabaco con británica impasibilidad. De vez en cuando, ilumina su rostro una amable sonrisa de niño y dice a su compañero algo en inglés.

Y Mr. Brown va haciendo el elogio del paisaje murciano, de esta maravillosa perspectiva que se tiende ante su aguda mirada de pintor. Hemos venido desde allá arriba —dice— en busca de las montañas. No hay en Europa nada igual. Y estas que vemos son las más interesantes que hayamos encontrado. En Inglaterra las montañas son verdes, monótonamente verdes; este verde uniforme, bajo el cielo gris, se ensucia y se afea. Para copiar un paisaje montañoso de nuestra tierra, basta un tubo de verde. Aquí los montes ofrecen las más increíbles coloraciones, entremezcladas en capricho delicioso: montes amarillos, de ámbar, de azufre, del color del trigo, del color del oro; montes rojos, como un cuajarón de sangre, con rocas negras, nacidas del vientre horroroso de un volcán; montes blanquecinos, de caliza estéril, sin una fuente ni una yerba; y otros, como retazos irisados de todos los terrenos, con todas las tintas que la ambición pictórica podía desear. Y en las sierras desnudas, el agua labra, cuando las lluvias torrenciales, esas aristas agrias, como cuchillares bravíos, esos barrancos temerosos que al ser llevados a Inglaterra en nuestros lienzos parecen a muchos exageraciones de la técnica.

Mr. Brown continúa: —Con estos apuntes tomados en Cataluña, en el reino de Valencia,

y muy especialmente aquí en las montañas murcianas, nosotros tenemos material copioso para muchos cuadros.

Y son ciertamente los de paisaje murciano aquellos que lograrán más éxito y en los que trabajamos con verdadero deleite estético. Hemos encontrado aquí, bajo el cielo de Murcia, una luz nueva de tan pura, que nos hacer ver las cosas con limpieza inaudita. Desde los mirones de estas montañas, otros montes, lejanos muchos kilómetros, se nos ofrecen con detalles menudos, como si estuviesen al alcance de la mano: tanta es la transparencia de la atmósfera. Y esto ocurre ya mediado noviembre, cuando masas enormes de nieblas y de nubes han caído hace tiempo sobre el continente. Vea usted esta carta.

Mr. Brown, lee, traduciendo lentamente al francés: —Hace varias semanas que no hemos visto el sol, y ahora nieva. Ustedes están, amigos míos, en el bello país donde florece el naranjo, y nuestro invierno se desconoce.— Es una epístola de otro artista inglés, nostálgico de España.

Atardece, y una brisa fresca y olorosa de campiña fértil entra por el balcón abierto. Nuestro amigo siente un poco de frío; no así los extranjeros. Una estrella diamantina se va encendiendo pálidamente en la clara altura. Mister Brown, acaricia con voluptuosidad unas grandes naranjas de precoz madurez. Los dulces globos de sol concentrado llenan la estancia de un tenue aroma fragante. En la penumbra crepuscular, Mister Brown reanuda su elogio de las policromadas montañas de Murcia...

(De «Gaviota y otros ensayos»)

